

EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

El relato de hoy es una historia tonta. Pequeña, sin importancia, como la mayoría de los momentos que solemos vivir. Porque la vida misma está hecha de eso, de pequeños fragmentos repetidos e insulsos que vamos realizando sin apenas prestarles atención. Si fuéramos más listos y más observadores, nos daríamos cuenta de que cada uno de esos actos es, en sí, vida misma. Nuestra vida que pasa. Pero no, para la mayoría de nosotros, aunque seamos genios, la vida tiene que estar construida sobre grandes acontecimientos:

Aquel regalo ansiado que por fin te trajeron los Reyes, cuando aún eras niño.

El beso apasionado que te robó un muchacho y que despertó en ti algo que no sabías.

Tus primeros devaneos de amor. ¡Ay el amor!, cuántas historias y palabras se han escrito sobre él.

Una enfermedad grave que te hizo madurar y que te mostró la fragilidad de tu existencia.

Recibir el salario de tu primer trabajo.

El inefable placer del primer coche, si eres de los afortunados que pudieron comprarlo.

Un viaje fascinante que te abrió el minúsculo horizonte de tu pequeño mundo.

La ¡mili!, no hay que olvidar la ‘mili’ que ha dado la oportunidad a miles de hombres de narrar un sinfín de graciosas anécdotas.

Y los más agraciados por la diosa fortuna que lograron sobrevivir a momentos terribles y que podrían haber terminado en tragedia –como el atraco al banco en el cual estaba haciendo cola; o el aterrizaje forzoso del avión que te llevaba lejos.

Pero en este momento no tenía pensado hablar de espantosas tragedias, porque, ésa, amigos míos, ésa, será otra historia.

Hoy, una vez transcurrida gran parte de mi vida, sólo voy a escribir un hecho muy banal que me tiene intrigada, porque no lo comprendo.

Serían las diez de la mañana de un tórrido verano y acababa de terminar mi desayuno. Me sentía en la gloria, sentada en la pequeña terraza del apartamento. Mientras le daba los últimos sorbos al café mi café preferido del día desvié mi mirada hacia la calle. A unos cincuenta metros, se halla el insignificante puerto deportivo, en cuyas mansas aguas temblaban suavemente decenas de barcos, de todos los estilos. Algunos, con sus altivos mástiles y románticas velas, y otros con motores audaces y veloces. Y detrás del enorme espigón de cemento, como un grisáceo telón de fondo, se extiende 'el mar', símbolo masculino del poder y la fuerza.

Dejé sobre la mesa la taza ya vacía y me puse de pie, apoyando mis brazos sobre la barandilla. Justo abajo, casi al alcance de mi ma-

no, hay un parquecillo plagado de palmeras y de flores, con un césped pobretón que nunca luce verde. La gente se pasea y yo los puedo ver a todos, porque desde mi pequeño balcón no se me escapa nadie. Como el vigía de un barco, me puedo pasar horas mirando a mis congéneres paseando; a veces ellos solos, a veces con sus hijos y otras muchas veces, guiados por sus perros. Y fue aquella mañana cuando me llamó la atención una joven pareja que yo ya conocía de otros tantos veranos. “¡Se han hecho muy mayores” –pensé. Naturalmente, y yo también. Pero, ¿Cómo han cambiado tanto? Recuerdo el primer año que los vi paseando, pero voy a seguir, con orden, el motivo del cambio.

Desde luego no era su aspecto físico lo que me chocó tanto. No, ni mucho menos, ambos eran todavía muy jóvenes. Lo que llamó mi atención hasta el extremo de dejar olvidada mi taza de café sobre la mesa, fue su extraña actitud. Sus movimientos, el silencio que se había instalado entre ellos como una barrera transparente

y real y, aunque andaban juntos, parecían vivir en mundos separados.

La primera vez que me fijé en ellos, hará unos tres años, he de reconocer que fue por su exquisito aspecto físico. Sus modales educados y finos, la ternura de sus miradas mientras mantenían sus manos entrelazadas y hacían juegos malabares intercambiando, ella, la correa con la que sujetaba a su perrito. No entiendo nada de perros, pero aquel diminuto ejemplar era como un juguete de peluche. Una borlita de lana blanca con cuatro patitas negras como calcetines. El perro era un bebé y se cansaba pronto, así que la muchacha lo tomaba en sus brazos, lo acariciaba durante unos minutos, y volvía a unir su mano libre con la de su marido. Todo transcurría bajo el susurro de unas voces amables y el alegre sonido de sus sonrisas cómplices.

Para que el lector tenga una imagen lo más clara posible de la escena que intento describir, no me queda más remedio que introducir en la historia un dato más.

En el pequeño jardín del que estamos hablando, además de las palmeras, las flores y el raquítrico césped, hay varios letreros que indican con total contundencia una frase y un dibujo que reza así: *“Prohibido a los perros”*. Pero ¿Quién va a molestarse en leer un mísero cartel durante un paseo bucólico? En mí playa, huelga decir que: nadie.

Pero vuelvo al relato. En aquellos paseos de hace unos años hay un dato importante que debo resaltar; cada vez que el perrito hacía sus ‘cositas’, el muchacho con toda diligencia se apresuraba a recogerlas con su mano enfundada en la clásica bolsa de plástico marrón.

El muchacho reía mientras depositaba el desechito en la papelera. Luego, regresaba veloz junto a su esposa y comentaban juntos la forma del producto, su calidad, etc. ¡Qué sé yo!... Pero lo hacía feliz y alegre, me atrevería a decir que enamorado. Pero desde estos hechos habrán transcurrido ya unos tres años, así que regreso a la mañana de mi cuento en la que dejé que mi

magnífico café se quedará olvidado en la mesa, y más tarde, fuera directamente al fregadero.

Aquella mañana, la pareja apareció por la esquina más lejana de la plaza y al principio no los hubiera reconocido, a no ser porque el blanco caniche correteaba alegre por la acera con sus patitas negras. La mujer iba vestida de forma más extravagante, menos convencional diría yo, con plataformas altas y unos pantalones de pitillo que alargaban sus delgadas piernas. El pelo de color trigueño y perfectamente planchado, muy a la moda. El marido mantenía su aspecto clásico con vaqueros de marca y un polo de los buenos Cocodrilo quizás. Andaba tres o cuatro pasos por delante de ella, fuertemente arrastrado por un gran perro dogo, espléndido y nervioso, que seguramente estaba deseando ejercitar sus músculos potentes. Hasta este punto no parece haber ningún motivo por el cual mi relato tenga nada de especial. Una pareja, tres o cuatro años casados que, por lo que parece, no habían tenido hijos todavía y que cada uno había decidido tener su propio jugué-

tito vivo para pasearlo por el parque. Sin embargo, algo en la actitud de ambos me impulsó a seguir observándolos durante un buen rato. Algo que sucedió más tarde y que todavía no termino de comprender. La mujer estaba al borde del jardín, de pie, con un buen paquete de bolsitas de plástico marrón en su mano izquierda y la correa de su caniche en la mano derecha; el hombre había soltado la correa de su dogo que, libre al fin, corría a toda velocidad por el parque entero parándose de vez en cuando para marcar su territorio. El perrito blanco se cansó muy pronto y ella lo tomó en los brazos, sujetándolo con su mano izquierda. De repente, el dogo frenó de golpe, se acurrucó cómodamente y depositó su 'regalo' en medio del jardín. Entonces, para mi asombro, el hombre miró a la mujer y ésta, como si hubiera sido tocada por la mano de un hipnotizador, se dirigió al lugar de los hechos y retiró cuidadosamente la voluminosa muestra de la fuerza vital del dogo del marido. Con gran maestría, ya que toda la maniobra fue ejecutada con una sola mano, se dirigió a la papelera más cercana y allí depositó el paquete.

El dogo, tranquilo y satisfecho, deceleró sus carreras. La borlita de lana seguía adormecida en brazos de su dueña, y el hombre, orgulloso por haber cumplido un día más con la importante misión con la que se había comprometido, emprendió el camino de regreso a su hogar. Cuatro pasos detrás lo seguía la mujer intentando mantener un dudoso equilibrio sobre sus plataformas. Y el magnífico dogo iba en cabeza dirigiendo la marcha, como dueño y señor.

Algo sobrecogida pensé: ¿Dónde está la dignidad de esa joven? ¿Es ésa la libertad que me he perdido por haber nacido cuarenta años antes que ella?

Después de aquella escena, jamás he vuelto a echarle al parquecito ni siquiera una sola ojeada mientras disfruto plenamente de mi desayuno. Simplemente lo ignoro, e intento dirigir mi mirada infinitamente más lejos... acariciando el mar.

Playa de Valencia, verano de 2014